

resuelto Tyrolés. Esta negra sombra arroja una oscuridad desagradable sobre los pastores de esta península montañosa. Debido á estas curvas de la montaña que hacen bahías en la playa del mar, la gente ha adquirido la astucia de los negociantes. Ese genio guerrero y sanguinario que les hizo posible, (protejidos como lo estaban por sus peñascosas fortalezas) el cazar al enemigo de su país venganza por tanto tiempo abrigada, no fué como con el Tyrolés, pacíficamente arreglado, despues de la victoria tan difícilmente obtenida. La lucha fué demasiado larga y terrible y unida esta á los elementos de astucia de su carácter, ha venido á degenerar en el robo, de cuyo ataque aun con la gran expedicion que estábamos haciendo, no parecíamos del todo seguros, pues vimos en este dia que habia gendarmes colocados en varios puntos del camino.

Aunque la Reina nos aseguró que esta vigilancia era innecesaria, yo creo que semejantes precauciones no fueron tomadas sin razon. La vereda se habia angostado ya, debido á los diversos obstáculos de roca y piedras. Pero la Reina que estaba acostumbrada á tales impedimentos por sus frecuentes viajes al interior pasaba ligeramente sobre ellos, y presto llegamos á alturas mas escarpadas pintorescamente cubiertas de pinos y pe-

ñascos; luego bajamos por una vereda que en nuestro país no hubiéramos honrado por ese nombre, y aquí los caballos sabian cómo avanzar sea cuesta arriba ó cuesta abajo, segun el caso. Mientras mas nos acercábamos al fin del viaje, la antigua fortaleza de Phila, en los confines, mas salvaje y mas estrecho se ponía el camino, y mas variadas las formas de las rocas. Por todas partes los nativos pinos se echaban de ver.

Estos lugares me hacian recordar nuestro Salzkammergut y nuestro Tirol.

Nos vimos obligados á seguir á caballo por unos planos de piedra ásperos, entre una muralla de roca, un precipicio escarpado, y un paso cóncavo desfiladero á la vista de la fortaleza.

Al fin nos encontramos al término de nuestro viaje encantador; el tiempo estaba de lo más hermoso, y las ruinas de la fortaleza yacian en el punto extremo de una meseta bastante ancha cubierta completamente de una vegetacion exuberante. Estas ruinas se componen de una muralla cuadrada no muy larga y de unas piedras colosales aunque blandas y arenosas; en las esquinas hay cuatro torres, siendo una de ellas redonda, lo quo prueba que los Griegos ya sabian el modo de fabricar paredes redondas.

Phila fué el asilo de treinta tiranos, adonde se fortificaron, para librarse de la ira de los Atenien-

ses. De esto traslucimos que la idea de un fuerte asilo, no fecha solamente desde la Edad Media. Estos treinta caballeros podían contemplar la ciudad de Atenas, desde su nido de águila, por la cortadura de la montaña, que les era tan peligrosa con su deslumbrante fondo, azulado espejo del mar. Las cadenas de los tiranos están rotas, las murallas protectoras en ruinas, y ahora la tranquila yedra, el manto común de los muertos teje una red verde y exuberante sobre las ruinas. El tan temido castillo ha venido á parar en un objeto romántico de una escursión.

La vista de Atenas, del Acrópolis, y del océano era realmente encantadora; entre las masas oscuras de la montaña, parecía como una miniatura montada en un marco.

Después de que hubieron descansado algo los caballos, la emprendimos de nuevo por el pedregoso camino al que llamamos "rompe-pescuezos," y que se extendía por las montañas y la pequeña llanura; pero pronto dejamos este camino por donde habíamos venido, si se quiere para pasar por mayores peligros de equitación.

Nos fuimos por la espalda de la montaña y de nuevo bajamos por una vereda que tal vez podía haber formado un buen piso para las cabras monteses. A nuestra vista se descubría el angosto

desfiladero; en derredor nuestro se extendían unas rocas enterradas entre unos árboles enanos, y nos balanceábamos en nuestros caballos que medlo pisaban, medio resbalaban de piedra en piedra, por el precipicio escarpado. Un solo paso dado en falso por el fogoso animal, y el desgraciado víctima es hijo de la muerte! Estos son los paseos de recreo á caballo que hace el curioso europeo por la vieja Grecia, antiguo santuario de la civilización y del progreso. El desfiladero se angostaba mas y mas. Envano buscaba mi vista las murallas del convento, que era el objeto de nuestros peligros pasados. En vez de esto, descubrí que aquellos de la caravana que iban atrás de la Reina, mi hermano y yo, parece que observamos el peligro en que estábamos, pues tanto los ecuestres del Norte como los del Sur de cuyo arrojito tanto habíamos oído decir, se habían desmontado é iban tranquilamente estirando de la brida á sus caballos. Preferían cansarse á pié, á andar suspendidos en los aires por los precipicios. En obsequio de esa cara existencia era esto mejor, pero cuando vimos que la heroica "Basilissa" no le temía al peligro, tanto mi hermano como yo permanecimos en la silla. El lugar mas notable nos estaba aun reservado.

Como que no puedo decir la vereda, usaré la

palabra, nuestra direccion; el objeto era llegar al fondo de la barranca. El lugar donde teniamos que voltear era la proyectura de una roca adonde tan solo se podia parar un caballo. El caballo de la Reina llegó á este vertiginoso punto, cuando repentinamente esta noble señora se apercibió del peligro. Ni caballo ni jinete deseaban avanzar más allá, pero tan solo un paso atrás y se verian arrojados al precipicio. La situacion era espantosa; más llegó la mano auxiliadora del ayudante de la Reina, el que guió al caballo de la rienda despues de lo cual pasamos nosotros esta terrible lugar, felizmente.

A esto podiamos ya ver el término de este paso por donde corria el agua; ¿pero y el convento, dónde estaba? El mundo parecia como si estuviera encajonado. ¿A dónde descubririamos el trabajo de la mano del hombre entre las rocas y los pinos en este estado primordial de la naturaleza? Repentinamente apercibimos que á la vuelta que daba el camino estaba interceptada la direccion que habiamos tomado al fin del llano, por una muralla pequeña por entre las pendientes masas de roca. ¿Pero á dónde habiamos de encontrar el convento? Terminándose el desfiladero, á la pequeña muralla tan solo se le podia considerar como un impedimento en el camino. El enigma

se hacia más y más interesante. Nos encontramos frente á la puerta de palo de la muralla, los goznes reshinaron, y de repente nos hallamos como por el golpe de una vara de virtud, en el cuadro hermoso y romántico de una tranquila soledad—el patio del convento. Por fuera, aterrababa el aspectoselvático; por dentro, se tendía una larga viña, cual un tierno guardian del tranquilo asilo de la oracion. Tan solo el ojo azul claro del cielo, podia penetrar dentro de este asilo de las almas piadosas.

El paso que á caballo habiamos hecho este dia, bien podia haber sido el tipo de la vida, de muchos de estos monjes. Dejan estos el hogar doméstico adonde vivieron durante su feliz infancia entre las flores del jardin; se arrojan al mundo que se les representa como una ancha llanura circundada en la lejana distancia por pintorescas montañas. Avanzan con descaro; el camino está tan liso y llano, el hogar de guardianes y amigos tan cerca; pero las montañas los atraen, desean huir á las azules y deslumbrantes alburas que están en la distancia. Se acercan á la base.—“Es fácil la obra,” se dicen para sí, pues mi vista puede dominar el camino, y alcanzarle de principio á fin.”—Pero estas almas candidas se olvidan de los piés que los tienen que llevar; se olvidan.

MAXIMILIANO.—15.

vidan que pueden resvalarse estos, y que abajo hay abismos y precipicios. Siguen á los sentidos y se fían en la firmeza de su paso. El valle se angosta; los planos comienzan á elevarse; rocas puntiagudas nacen de la tierra; mas el peligro no es todavía inminente. Marchan adelante con valentía. El sol se eleva en el firmamento, y arroja abrasadores rayos. La senda se pone más escabrosa. El viajero errante comienza á fijar la vista en precipicios. Al principio esto aumenta su goce. Echa de ver una aldea frente á él; los habitantes de ella lo vienen á encontrar con regocijo. Esto aumenta su orgullo; pero no se da por satisfecho. Pasa por la última colonia del hombre amigo; se vé impelido fuertemente hacia adelante. Desea adquirir fama; debe subir á la fortaleza; debe ver regiones que tan solo están habitadas por las águilas. Desprecia el peligro, porque ya vé el deseado objeto en lontananza. Los desfiladeros se hacen mas angostos, las alturas mas vertiginosas. Se esfuerza para subir; ha llegado al punto deseado, y tropieza con las ruinas de la grandeza caída, y entonces por primera vez se encuentra, rendido de cansancio. Se le vá la cabeza ante el espantoso abismo; y en melancólica desesperacion anda errante en el desierto. Sus deseos se ven frustrados, sus esperanzas desvaneci-

das! El peligro se hace mas amenazante, y cada paso mas fatal. Su curso sigue en ascenso y se acerca aun mas al precipicio; entonces pone el pié sobre una punta de la roca. Está rodeado por un desierto aspero; la vejetacion verde ha cesado, y se encuentra solo y en medio de un mar de piedras blanquesinas. Ahora, ya le falta el valor; está enloquecido; el peligro ha llegado á su apogéo. Vé una muralla con una puerta cerrada; y con corazon arrependido caé sin sentido en el umbral. Llama á la puerta y no sabe que es lo que se le vá abrir. Los goznes rechinan, y el fatigado viajero se encuentra en el silencioso Claustro. La viña estiende sus ramas dando una sombra fresca; la Iglesia lo convida á la oracion y al arrepentimiento; y amigos llenos de gravedad le tienden las manos y lo acogen en su tranquilo hogar.

Este convento, cuyo recuerdo me causa aun emocion, está como ya tengo dicho rodeado de una muralla, y pende como el nido de una golondrina sobre la saliente roca de la peñascosa montaña. El pequeño espacio interior esta tan bien arreglado que haria honor, al mejor de esos mentados sacos de viaje ingleses. Pequeñas casas de piedra, que representan el retrato más fiel de la penitencia, se hallan contra las rocas y en la muralla.

En el pequeño patio hay un terrado algo elevado el que está cubierto por un rico tejado formado de uvas, dando á todo el interior un aspecto pintoresco.

Más allá de este terrado, está la pequeña iglesia que forma el fondo. Entramos con la Reina. Tiene el estilo de las iglesias Bizantinas. Reina en ella una atmósfera misteriosa que proviene de que el fondo de la iglesia está cavado en las rocas. Como que descansamos un corto tiempo en el delicioso patio, adonde nada se vé del vecino abismo, la caravana formaba un bosquejo bonito para un pintor de "genre" en busca de originalidad. La ropa de los petrimetros europeos tan poco interesante y tan usada; los elegantes trajes de montar de Francia, y los ricos trajes de la Grecia moderna, todo esto se echaba de ver en un antiguo claustro Oriental, que había sido consagrado al retiro del mundo. Nos habíamos sentado en la piedra. Había mucho ruido y mucha vocería en los oscuros claustros de abajo; y la escualida y descuidada figura de un viejo monje, se presentó en tre nosotros los que formábamos el joven y alegre mundo, con un semblante risueño. La blanca barba del débil viejo ondeaba sobre su negro traje al estilo Persa, y le bajaba hasta las rodillas, por encima de sus pantalones azules. Usaba unas medias blancas y uno

zapatos negros. En su inclinada cabeza tenía puesta un especie de gorra Persa. Desde los hombros hasta las manos estaba vestido de blanco.

Como en los monasterios del Poniente, este monje nos trajo presentes amistosos productos de la naturaleza, consistiendo estos de miel, pan, y uvas. Preguntamos adonde estaba el resto de sus hermanos, y se nos dijo que se habían ocupado trabajando en los campos. Seis de ellos vivían juntos en esta soledad. Si sus alimentos son pocos y escasos, y si sus habitaciones forman extraño contraste con las ricas abadías de Austria, también su inteligencia comparada con la de nuestros orgullosos Benedictinos, es muy sencilla. Esta simplicidad concuerda con el estado agreste del país que habitan y ese antiguo sentimiento religioso que reina aquí, no hace menos impresión que los más elevados conocimientos de los conventos de nuestro país natal.

Montamos de nuevo nuestros caballos, y abandonamos el paso que se nos había hecho tan interesante, con el objeto de ver una caverna que quedaba al fin, y adonde según nos dijo la Reina, hacía algún tiempo el Emperador de Austria se había encontrado un gran tesoro, bajo la forma de unos jarrones antiguos. Volvimos por un camino no menos pintoresco al pueblito de Cassia. Aquí

en un llanito encantador cubierto de pinos, acampamos, pusimos una mesa y unos taburetes de campo, é hicimos una comida opípara. El sitio era hermosísimo, y el descanso nos hizo provecho. Noté que la gente incuita de Grecia, lo mismo que á sus hermanos los europeos, les causaba gran placer el ver comer á las personas de alto rango.

Frecuentemente he pensado que se imagina que las Reinas deben comer de distinto modo de sereas comunes, mas aquí el interés fué mútuo, pues nosotros los viajeros, nos alegramos de la oportunidad para observar á los espectadores Griegos. Despues de que hubimos levantado el campo, la Reina les habló á los niños, que se hallaban entre la multitud, con un lenguaje Griego encantador.

Emprendimos otra vez el camino. Como que habiamos pasado por la llanura nos alcanzó la noche, y se nos presentó á la vista una escena nueva. Se apareció la luna con su solemne y tranquila faz, en medio de un coro de estrellas. Como que en el Sur todo es más claro, más fogoso y más inspirador, así tambien las estrellas aquí centellean con más brillo y encanto. En el Norte la luna aparece como si estuviera sostenida por el azul del firmamento, mientras que por las campiñas de Atica parece como si estuviera suspen-

sa en el aire libre permitiendo que el ojo aparentemente penetre más allá en la desconocida y lejana distancia. Con tal claridad brillaban las estrellas per la noche, que la Reina pudo partir al galope hasta la capital, no obstante los malos caminos. Los carruajes que nos habian venido á encontrar, á gran placer mio no fueron ocupados, y sin aliojar la rienda llegamos al castillo real, soplándonos ese espléndido viento de la noche meridional. Confieso con admiracion, que la garbosa "Basilissa" conoce el modo de mostrar á sus huéspedes las bellezas de su país, como tambien enseñarles á apreciar sus tesoros.

Estabamos cansados con el largo paseo á caballo de siete horas, pero esto tan solo corporalmente, pero no mentalmente, de suerte que la claridad espléndida de la luna nos hizo resolvernos, (habiéndonos refrescado algo) á estirar el cansado cuerpo de nuevo. Nuestro amor al arte hacia que tuvierámos un entusiasmo insaciable, y esto nos abstenia, de confesar fatiga. "L' appetit vient en mangeant," y por consiguiente el número reducido de filologos griegos y los admiradores de antigüedades se consideraban realmente dichosos al acabarse este dia memorable que les habia proporcionado este buen rato. Al placer de ver estas obras del arte griego agregamos la mali-

cia y nos divertimos con esas caras de desesperacion que tenían algunos de los prosaicos amantes á la comodidad.

La excelente comida fué despachada prontamente, y presididos de la Reina montamos al carruaje. Durante el paseo tuvimos la oportunidad de admirar la pálida luz que la luna arrojaba sobre el paisaje, mostrándonos con esto cuan acreedores eramos á semejante candil. Todo lo que era sublime estaba visible distintamente, mientras que los pedazos desiertos de tierra yacian en la oscuridad. Todo color habia desaparecido dando un tinte suave al conjunto de suerte que la forma de los objetos tan solo por su sombra se distinguian.

■ Ceroa de la puerta del Acrópolis, en la altura, por poco fuimos víctimas de nuestro amor al arte. Los caballos que no parecian participar de nuestro entusiasmo, no podian seguir adelante en la "vía sacra" y el carruaje comenzó á resbalarse para atrás sin más que más por el escarpado camino, al precipicio. Los griegos de nuestros tiempos que jamas conducen los carruajes por estas vías, no les daba nada el salvar nuestros temores; ninguno cerca nos causaba la grata ilusion de que seriamos salvados. A esto la Reina, se aprovechó de los únicos medios de escape que nos quedaban,

y en medio de los gritos de desesperacion, brincó fuera del carruaje. La dama de honor que se habia desmayado á causa de una emocion tan poco usual en una griega, fué arrojada en los brazos de un lacayo bávaro y corpulento. Cários y yo, nos salvamos del mismo modo que la Reina. La carretela libre de nuestro peso, fué detenida por los caballos, y entramos á pié por la elevada puerta del templo de la Deidad.

Del patio exterior tuvimos la primera ojeada mágica del mar convertido en espejo de plata. Mi vista siempre descansa sobre el anchuroso oceano, poseido de sentimientos elevados, lo mismo que la primera vez que le vi iluminado por la luna llena de Grecia. Siempre habia anhelado y soñado por el Sur; ahora mi sueño está realizado, y más que en sumo grado. Con que sentimientos de satisfaccion pisé los relumbrantes escalones del Própileo, cuyas columnas se desprendian como gigantes de la época de los dioses! Negra y cuadrada se alzaba la sencilla torre francesa, del terreno oscuro; pequeño, pero sin embargo con una sublimidad hermosa estaba suspendido entre el mar y el cielo azul oscuro el templo de la Victoria, como la fantasia de un sueño. Orgullosa sobresalía el grñdo Parthénon, como si se hubiera levantado al mandato de una deidad. Las Cariatides so-

portaban ligeramente el templo de la ninfa Erec-
thea.—Todo era tan hermoso, tan grandioso, tan
fantástico, y todo estaba en ruinas! Involuntaria-
mente me cruzó este pensamiento al encontrarme
parado entre estas ruinas iluminada por la luna.
“Aquí está el cementerio de la Historia.”

Cinco épocas nacionales han dado la vuelta por
este lugar, y aun ahora la primera de estas nos
llena todavía de admiración. Esa poesía profun-
da que yace en las obras de la Grecia jamás podía
haber sido inculcada por ellos en otras gentes.
el Romano es grande, pero con una pesadez opre-
siva; el francés es angular, fuerte y cioso; mien-
tras que entre los turcos se ve por sus desnudos
cráneos el espíritu cruel y fanático de la destruc-
ción.

Con el génio del entusiasmo, nos condujo la
Reina á un punto de vista selecto y admirable,
desde donde podíamos contemplar los edificios
aislados en toda su magnificencia. Como Reina
de los griegos ella contempla la gloria que queda
á estas obras maestras, como parte de su he-
rencia.

Me podía yo haber quedado por horas enteras
en estos diversos puntos de vista, engolfado en
mis propios pensamientos, pero la comitiva era
demasiado numerosa, y había mucho insignificante

de la naturaleza humana mezclado con nosotros.
Sentía como si aquí pudiera escribir en verso—
poemas de vehemencia y de elevados sentimien-
tos. Nos subimos hasta la cima de esa roca tan
ricamente cargada, desde donde podíamos ver la
nueva población. Yacía tranquilamente, y tan
solo la luz por las ventanas mostraba que reinaba
la vida allí. Así como cuando una criatura se
sienta al pié del trono de sus antepasados de re-
nombre, así yacía la ciudad, y la “Basilissa” que
estaba parada junto á nosotros, es el lazo que
une al presente con el pasado. Nos separamos
con el corazón lleno, y mi espíritu se posesionó
con los pensamientos de otros tiempos.

La Reina, con el fin de probar la paciencia del
cortejo, con gran placer mio, se dirigió hácia el
Areópago, desde cuya roca el buen San Pablo ha-
bía predicado á los Atenenses sobre el “Dios
Descenocido.” Aquí también estaba divino. La
Reina se deslizaba por los trozos de piedras con
la misma alegría, como si hubiera estado descan-
sando todo el día, y esto con mucho disgusto de los
amantes á la comodidad, que más bien les hubie-
ra gustado estar soñando en el espumoso cham-
paña.

Al salir del Areópago y repentinamente vi-
mos por el lado que daba al mar, un espléndido